

trucción del principio de la legitimidad como consecuencia de la Revolución Francesa y de Napoleón y que es ese movimiento de vuelta a la normalidad.

Dice que Fernando es siempre rey, aunque desposeído por Napoleón y reducido a un simple funcionario por los innovadores que desconocieron su soberanía. La idea fija del rey era sobre todo la autoridad; cita a favor la indignación de Fernando con sus ministros cuando el marqués de las Amarillas dimitió el ministerio de guerra instado por sus compañeros de gabinete. Pero no dice Suárez que tuvo que ceder el rey a pesar de todo, como lo afirma Ballesteros.

Nos muestra a Fernando como un hombre bondadoso y sencillo; es distinto el Fernando de los documentos oficiales al de los documentos privados. Agustín Girón, que parece simpatizaba con los liberales, aunque con motivos para ir en contra del rey, lo califica de "el mejor de los reyes", por sus virtudes, el cumplimiento de sus obligaciones y afabilidad.

De muy minucioso lo califica Arzadún y no le parece extraño a Suárez, "minucioso por lo baladí de los asuntos". Es un severo administrador del patrimonio, pide las cuentas al mes. "Amante de su familia, de costumbres sencillas, celoso administrador, casero, Fernando VII era por carácter y temperamento, un buen burgués, mucho más que un rey".

Es absurdo reducir la figura de Fernando a un complejo de cobardía, miedo y doblez. Diferencia al Príncipe de Asturias receloso, incomprendido y represivo, del rey, que no es una figura tampoco, ni fué brillante.

No tuvo un sistema político, ni política. "Su actuación como rey es deprimente". En política interior tiene sí una norma, ser antirrevolucionario; pero fué popular, respetado y obedecido, porque era rey.

En realidad Suárez reivindica a Fernando y es que hay que entender a Suárez como carlista, ansioso de modificar los errores de la tendencia opuesta, la liberal.

Suárez en su obra *La Crisis Política del Antiguo Régimen en España (1800-1840)*, dice que la historia del siglo XIX se reduce a la sobrevaloración de lo liberal y negación del valor de la corriente opuesta, carlista.

En el reinado de Fernando VII "es en efecto sorprendente ver cómo lo anecdótico ha borrado lo histórico". Es que se ha seguido una versión unilateral. El reinado de Fernando VII se caracteriza por su desorientación, es una época de crisis.

*Sara Hamann Carrillo.*

ALBERTO ULLOA, *Don Nicolás de Piérola. Una época de la Historia del Perú.* Lima, Imprenta Santa María, 1949, 441 p.

Entre las biografías históricas que han salido de prensas limeñas estos últimos años, destaca por propios méritos la que Alberto Ulloa Sotomayor dedica a Don Nicolás de Piérola. Tal como lo pide el subtítulo, el autor enrumba la pluma a describir conjuntamente toda una época de agitada historia republicana.

Sólo a tres años de la poco feliz obra de Jorge Dulanto Pinillos, aparece el trabajo de Ulloa que presenta predominantemente una línea serena y ponderada. El tono apoloético que brota de algunas páginas se explica por la notoria simpatía que Ulloa demuestra hacia quien fué —no cabe duda— la figura política más eminente del Perú finisecular. Ese fervor pierolista cristaliza en la lírica y declamatoria exégesis del popular grito "Viva Piérola" (p. 363-364).

El libro contiene los siguientes capítulos: I. La Alborada: el nacimiento y la infancia.— II. Dios y sabiduría: el Seminario.— III. Hogar y patria: el matrimonio y la mocedad.— IV. La imprevisión pródiga: las consignaciones.— V. La gran batalla: el Ministerio y el Contrato Dreyfus.— VI. La gran batalla: revancha de los Consignatarios.— VII. Las rebeldías armadas: el "Talismán" y Yacango.— VIII. Un hombre contra un Imperio: el monitor rebelde "Huáscar".— IX. La Guerra del Pacífico: del ostracismo a la dictadura.— X. La Guerra del Pacífico: Esperanzas, esfuerzos y adversidades.— XI. La Guerra del Pacífico: de la dictadura al ostracismo.— XII. Organización y doctrina: el Partido Demócrata.— XIII. Persecución y lucha.— XIV. La madurez luminosa: el gobierno constitucional.— XV. "Abstenerse es obrar": de 1899 a 1904.— XVI. Entre las armas y la toga: otra vez a las armas.— XVII. Bajo la tierra: las dos muertes.

Como se advierte, el autor procede en forma cronológica; la vida de Piérola de etapas bien marcadas, permite seguir dicho método con plena comodidad. No podemos objetar la disposición de la obra en sus trazos generales, aunque sí extraña en veces que ciertos apéndices y partes mismas de un capítulo estén desvinculados netamente del tema central. Tal ocurre, por ejemplo, con las páginas pertinentes a la Casa del Milagro, que cierran la exposición necesariamente árida del Contrato Dreyfus.

En los primeros capítulos se detallan los años juveniles del futuro caudillo. Su salida del Seminario provoca en Ulloa la formulación de la hipótesis de la "súbita revelación sentimental" (p. 40), que creemos muy discutible. Páginas adelante, la esposa de Piérola recibe del autor frases muy poco cordiales y muy mucho intencionadas; nótese, en contraste, franca simpatía al referir la "larga y fiel amistad" con *Madame*.

El capítulo IV interesa para el tema de las consignaciones. Sigue la exposición de las tediosas cuestiones hacendarias vinculadas al importante y discutidísimo Contrato Dreyfus. Advertimos la unilateralidad de las fuentes en que se apoya el autor para redactar tales páginas. Echamos de menos también juicios de valor sobre el negociado. Sin desconocer la valiente medida del novel Ministro de Hacienda, acertada en lo que pudo tener originariamente de intención anti-consignacionista, hubiéramos deseado una información global y comparativa acerca del estado del Erario al concluir la administración de Piérola. Para subsanar siquiera pobremente la omisión, conviene decir que, en julio de 1872, esto es, pocos días antes de terminar su mandato el gobierno de Balta, ya el contratista alsaciano había entregado los adelantos de dos años; o sea, 16 millones de soles correspondientes a 1872, 1873 y parte de 1874. Por tanto, es excesivo censurar tan severamente a Manuel Pardo (p. 120) que no recogió en 1872 un estado de prosperidad económica.

El relato de las rebeldías armadas contra los gobiernos constituidos descubre con amplitud la faceta aventurera e impenitentemente romántica del biografiado. Se cierra esta etapa —de animada narración, pero de insuficiente enjuiciamiento— con la gallarda actitud frente a la representación naval de Su Majestad Británica.

Llegan los días dolorosos de la Guerra del Pacífico. En el capítulo noveno dice Ulloa: "otras veces se ha imputado... a Piérola y a sus amigos, haber realizado, en los años inmediatamente anteriores a la contienda, empresas revolucionarias que mantuvieron la división interna del Perú en términos exacerbados y contribuyeron a dar a Chile y al mundo la impresión de nuestra falta de cohesión nacional y a desgastar los esfuerzos de organización financiera y militar; haber roto el orden constitucional, ya durante la guerra misma, reemplazando la dirección desacertada pero pro-

fesional, de los planes y de las campañas, por la petulante omnisciencia de una jefatura personalísima; no haber organizado eficientemente la resistencia general y la de Lima, para impedir, si no la derrota, por lo menos una victoria aplastante del adversario; y no saber utilizar los mismos improvisados y desarticulados elementos, en las batallas de la capital" (p. 182). En resumen, éstos son los cargos que se acumulan contra el Dictador. Frente a ellos, queríamos ver la propia posición de Ulloa; pero, desgraciadamente, la hurta con habilidad y se desvía en generales apreciaciones.

Con el prestigio proveniente de sus campañas abordo del "Talismán" y del "Huáscar", Piérola se va a probar en el crisol del 79. Triunfador ante las claudicaciones de los de arriba, dió al país —y en esto Riva-Agüero tiene razón— la tónica de su entusiasmo frente al terrible desaliento que significaban la victoria enemiga y el negro porvenir. Pero ello no bastó; las circunstancias trágicas de la hora y su propia psicología lo vencieron. Ulloa lo reconoce en varios momentos, evitando caer otra vez en la ausencia de crítica: y así señala "ingenuidad política", "afán immoderado de transformaciones y reformas en todos los campos de la realidad y de la actividad del Perú", "ansia vanidosa", etc. El optimismo pueril del Jefe Supremo se exhibe en la proclama que siguió a la derrota de Arica. Se ven, señala el autor, "Grandes frases y búsqueda notoria de efectos literarios" y "un final melodramático". Los desaciertos de Piérola se añaden unos a otros: a la creación del Gran Libro de la República sucede el inaudito comportamiento con la heroica figura de Grau; episodio condenado mercedamente por el autor, pero que no nos parece tener como característica genérica "formas y expresiones ingenuas" (p. 210).

Respecto de la liquidación en favor de Dreyfus, que Piérola estimó necesaria, pero que a todas luces resultaba extemporánea y perjudicial, el Tribunal Mayor de Cuentas reconoció como saldo en contra del Perú la suma de 2,583,764 Libras esterlinas, y nó (como se lee en la p. 215) 583,764.10, lo que no es evidentemente corta diferencia.

En el crepúsculo de la actuación dictatorial, contamos extrañas medidas contra el gobierno de García Calderón. No se enjuicia esta actitud, ni se aclaran los graves cargos que hace el Conde de Caivano.

El capítulo XII trata de la organización del Partido Demócrata y glosa pormenorizadamente su Declaración de Principios.

El capítulo XIII refiere todo aquel tramo de la vida de Piérola, desde su prisión en abril de 1800 hasta que sube al poder. La fuga de la Intendencia —versión no siempre la misma—, el viaje al extranjero, el desembarco en Puerto Caballas, el avance hacia la capital y por fin la apoteósica entrada por Cocharcas, espaldarazo popular de la montonera, dan al relato una nota de emoción novelesca que vibra en la correcta pluma, entusiasmada por momentos, de Alberto Ulloa.

El ansia revolucionaria que fué en Piérola una verdadera obsesión, encarnó en una oportunidad —1895— el auténtico sentir de una gran mayoría y la necesidad de cortar desaciertos políticos. "Madurez luminosa" la llama el autor, y en verdad que lo es aquel gobierno con que el Perú, rehaciéndose de durísimos trances, despidió el siglo diecinueve. La obra de Piérola Presidente alcanza breve y sencilla enumeración, a pesar de que el autor declara estar fuera de las posibilidades de su libro un estudio de la gestión gubernativa del 95. Pero creemos que en una biografía no se deben velar ciertos aspectos honrosos coadyuvantes a presentar cabalmente al personaje que los hizo posibles. Déjense de recalcar varios puntos; omitense otros. Así, la vía de penetración al Oriente sólo merece una línea, cuando bien pudo dársele más.

De López de Romaña, el autor niega que Piérola lo utilizara como instrumento de su política; versión ésta de "comentaristas hostiles", como dice Basadre, entre los que habría que colocar a González Prada. Y ya que del nihilista se trata, echamos de menos en el interesante libro de Ulloa lo que Pons Muzzo extrañaba en el tan discutido de Dulanto Pinillos: un estudio relacionante de esas dos figuras, la demócrata y la radical, que por algo van unidas, dando color a una época.

De los últimos capítulos merece destacarse un intento de enjuiciamiento integral, bajo el epígrafe "El egoísmo magnífico" (p. 406). Estas líneas presentan críticas de la más estricta validez; se alude al egoísmo, a la vanidad de Piérola, y se le inculpa de haber desgarrado el Partido Demócrata, su propia creación.

Concluye bellamente el libro relatando la cristiana muerte del anciano patricio; su lenta y por momentos delirante agonía, su expirar tranquilo, y como colofón, "el desfile gigantesco del sepelio". Luego de los discursos, dice Ulloa, "todos regresamos. Eramos estudiantes que veníamos de cerrar un libro que no iba a abrirse más".

En este recorrido por la obra de Alberto Ulloa hemos notado, ante todo, ausencia de espíritu crítico sobre muchos actos del caudillo. La tendencia narrativa se impone libremente en pasajes a la verdad necesitados de enjuiciamiento.

Respecto de la bibliografía, el autor dice que "ha consultado toda la pertinente que ha estado a su alcance". Esta vaga y generalísima declaración nos deja en completa ignorancia acerca de las concretas fuentes utilizadas.

La bibliografía pierolista ha recibido con éste un nuevo aporte que, aunque no de interpretación plena, posee los aciertos de su ponderación y sensatez y de su innegable calidad literaria.

*Armando Nieto Vélez.*